PQ6431
.R8
Z7

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ALARCON.

Virtutis veræ custos, rigidusque satelles.
Horacio. Epís. 1ª Lib. I.
De la virtud celoso partidario.

El Liceo Hidalgo, señores, ferviente admirador del génio, viene esta noche á ofrecer una corona, tejida con las violetas de sus elogios, y con la siempreviva de su respetuoso cariño, á la augusta sombra del esclarecido poeta D. Juan Ruiz de Alarcon, nacido para orgullo nuestro en México, y para duelo inconsolable de las letras muerto en Madrid el 4 de Agosto de 1639. No es un apoteósis lo que ahora venimos á celebrar: para tan alta ovacion, ni es digno templo este modesto recinto, ni merece la honra de interpretar el sentimiento de los cultivadores de las bellas letras la desautorizada palabra mia. Es esta, como una sencilla reunion de familia, cuyos miembros se agrupan

003326

al pié de la venerada efigie del muerto padre; y mas con suspiros que con voces, enumeran sus virtudes, lamentan sus dolores, encomian sus merecimientos; piadoso homenage en el que se permite tomar participio, aun al mas oscuro servidor de aquel modesto hogar. Yo soy ese oscuro servidor; como á tal, dignaos escucharme.

Hablar de D. Juan Ruiz de Alarcon, señores, es leer un capítulo del martirologio del génio; es contar al alma horrorizada y compasiva cuántas espinas pueden esconderse bajo las hojas de un laurel tardío, es cerciorarse con amargura de que no siempre el talento y la virtud alcanzan justa recompensa en este mundo, tan solícito siempre y tan dispuesto á quemar su incienso en los altares de los ídolos afortunados.

Da espanto el considerar la tenacidad con que la precaria suerte amargó la existencia de aquel ilustre y simpático ingénio, digno por sus merecimientos de una espléndida y legítima gloria; mueve á lástima el verle apurar en su cáliz toda la hiel del infortunio; infunde veneracion aquel talento, purificado en el fuego de todos los dolores. Porque no les faltó una sola desventura que probar en su largo Calvario: pobreza, escarnio, oscuridad. Desconociéronle sus contemporáneos, olvidáronle sus pósteros; vió engalanar con sus mejores obras la corona de otros ingénios que

acaso le eran inferiores; el teatro español, por cuyo engrandecimiento hizo tan poderosos esfuerzos, no tuvo para su noble frente una mezquina hoja de aquel laurel que prodigaba sin tino las mas veces; y miéntras en su patria adoptiva, en España, la envidia, la malevolencia y la ignorancia levantaban espesas nubes para eclipsar su génio, un rayo perdido de su aureóla iluminaba el teatro extranjero, rayo fecundante que hubo de producir la mejor comedia del teatro frances, inspirando á Corneille, preparando el camino á Molière.

A manos del primero llegó la *Verdad Sospechosa* á cuya copia descolorida, á cuya servil traduccion en muchos pasajes debió este gran poeta una buena parte de su fama. "Daria yo dos de mis mejores obras, dijo Corneille con noble franqueza, porque el asunto del *Menteur* fuese original mio." Leyó Molière el *Menteur*, y aseguró que "sin esa lectura acaso no habria podido escribir comedias." Y miéntras en el extranjero recibia Alarcon aquel espléndido homenaje que le tributaban esos dos reyes del mundo literario, el público español pagaba con las mofas y el desprecio la inmensa gloria que el pobre corcobado reflectaba sobre su país. Durante muchos años ha empañado la gloria de los mas notables poetas contemporáneos de Alarcon, la fea mancha de la envidia ruin, pasion

que hubieron de desahogar en los insultantes versos que todo el mundo conoce; hoy el Sr. Fernandez Guerra, en un libro cuyo asunto es nuestro poeta, y que corre con universal y merecida estimacion, ha tratado de borrar aquella mancha demostrando que no se trataba sino de un mero *vejamen* académico. Así será la verdad, y yo me complazco en creerlo, por honor de Lope de Vega, Quevedo y Góngora; pero lo que sí está fuera de duda es, que el público de su época clavó envenenados dardos en aquel corazon tan bondadoso y sensible. ¿Cómo, si no, hubiera olvidado su mansedumbre y su dulzura carecterísticas, para lanzar aquella vehemente invectiva, que en forma de prólogo estampó al frente del primer tomo de sus comedias, y que ahora me permito trascribir, cuando no sea mas que para excitar vuestra conmiseracion? Dice de esta manera: "*El autor al Vulgo.* Contigo hablo, béstia fiera, que con la nobleza no es menester, que ella se dicta mas que yo sabria. Allá van esas comedias, trátalas como sueles; no como es justo, sino como es gusto; que ellas te miran con desprecio y sin temor, como las que pasaron ya el peligro de tus silbos, y ahora solo pueden pasar el de tus rincones. Si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas; y si no, me vengará de saber que no lo son el dinero que te han de costar."

¿Y lo creereis, señores? Siglo y medio despues un mal poeta, y por añadidura mal comediante, llamado Moncin, refundió infelizmente la copia del frances, dió á su trabajo el título de *El embustero engañado*, y con él alborotaba en Madrid, allí donde no habia por entónces quien se acordase de Alarcon ni de la *Verdad sospechosa.*

La generacion actual comienza á vindicar la memoria del poeta: su nombre es honrado en el extranjero; España le coloca al lado de Lope, Calderon, Tirso, Moreto y Rojas; sus comedias están ya coleccionadas, si bien despues de tres veces que lo intentó en vano el Sr. Hartzembusch; la Academia Española acaba de mandar imprimir el interesante libro del Sr. Fernandez Guerra; y en estos dias se ha publicado en Paris la traduccion que de las priecipales comedias de nuestro poeta ha hecho al frances el distinguido literato Mr. Royer. En México, el Ayuntamiento de la capital acordó en 1868, que el retrato de Alarcon se colocara en la sala de Cabildo; la legislatura de Guerrero decretó pocos años ha, que el Distrito de Tasco agregase á su nombre el del poeta; y hoy, la literatura mexicana, representada por cuanto tiene de mas ilustrado y eminente, acude á este recinto para honrar la memoria de su insigne poeta dramático.

Para que se comprenda cuánta hubo de ser la

importancia del impulso que Alarcon dió al teatro en el primer tercio del siglo XVII, preciso es recordar que los poetas dramáticos de aquella época, entre el *delectare aut prodesse* de Horacio, obtaron por lo primero, y su intento no era otro que el de agradar, aun contemporizando, como Lope, con el gusto del ignorante vulgo. Las galas de la diccion, lo enmarañado de los lances, la grandeza de los efectos teatrales, eran los medios empleados por los contemporáneos de Alarcon para lograr su solo objeto, que era, como tengo dicho, el procurar grato solaz al público de todas condiciones. Embebecíase la dama con la ternura y discrecion de las de Lope; entusiasmábase el caballero con la valentía de los *galanes* de Calderon; reíase á carcajadas el mosquetero con las chocarrerías maliciosas del *gracioso* de Tirso; y todos se retiraban contentos, no sin haber ensalzado con sus víctores y aplausos al afortunado ingénio.

Echábase, no obstante, de ménos, la comedia moral, aquella que inculca máximas saludables y provechosas que solo por casualidad aparecian en tal cual obra, como los Autos sacramentales; «todo lo demas, dice el Sr. Hartzembusch, era una novela caballeresca, sin otro agente que el honor.»

Sintió Alarcon esa necesidad, ese vacío, recordó á Terencio, palpó los vacios reinantes de estilo y de forma, se halló capaz de ser verdaderamente

útil á la humanidad, y al reinado de la imaginacion sustituyó el de la filosofía, el de la moral; y entrelazadas amorosamente la casta musa del Parnaso y la divina hija del Cielo, inspiraron de consumo con su apacible llama el corazon honrado del poeta.

Repasando las veintiseis comedias que escribió, hallaremos que una buena parte está consagrada á desarrollar algun principio moral y filosófico de aplicacion práctica. Aun en las que son puramente de enredo, conforme al gusto de la época, veremos surgir aquí y allí ideas sanas y útiles como que Alarcon no abandonaba su propósito de producir ántes frutos que flores. Acaso en esto consista el que aparezca inferior á Lope, Calderon, Tirso y Moreto, en el ornato poetico, en los efectos teatrales y aun en la travesura; pero á su intento cuadraba mejor la fidelidad en la pintura de los caracteres, y la sobriedad en el adorno, para que el pensamiento brotase envuelto en las sencillas y severas formas de la máxima filosófica, de la correccion moral.

Sin fijarnos mas que en sus dos comedias de carácter, «La Verdad sospechosa" y "Las paredes oyen,» es admirable la verdad con que Alarcon pintó aquellos dos tipos del mentiroso y del maldiciente, tipos tomados del natural, tipos que renacen todos los dias, y á quienes la habilidad del

poeta hace aparecer expontáneamente odiosos y ridículos por el solo efecto del vicio: toda esa naturalidad en la accion se requeria para que la correccion fuera eficaz; toda esa naturalidad supo emplear aquel ilustre ingénio, y esto es lo que les da la posesion legítima del alto puesto que ocupa á la cabeza de los autores cómicos mas celebrados.

Otra de las cualidades en que nuestro poeta sobresale, y que le dan la primacía entre sus ilustres contemporánes, es la correccion de su estilo, correccion á la que debe el ser considerado como un modelo de bien hablar. Y cuenta que en este sentido crece de punto su mérito, al considerar que en aquella época el *gongorismo* habia hecho lastimosos estragos, como llegó á inficionar á los mas elevados ingénios. Libróse Alarcon del contajio, y legó á las generaciones venideras la rica y sabrosa lengua castellana en sus escritos, como en un venero de puras y cristalinas aguas.

Pero si Alarcon es terrible como la Justicia divina cuando estigmatiza al vicio para hacerlo odioso, es tierno y dulce como la infinita Bondad de hacer amable la virtud. Sus caractéres *buenos*, casi pudieran parecer exagerados, si exajeracion puede caber en la práctica del bien: los tipos que en este género presenta son adorables, arrancan lágrimas de ternura y vienen á ser esas creaciones

el mejor elogio del hermoso corazon de nuestro poeta. Son, por otra parte, los mas numerosos, como si Alarcon hubiese hallado mayor complacencia en pintar acciones generosas: ¿qué mucho, si se retrataba á sí mismo, si al inclinarse sobre las blancas páginas, estas como un espejo le devolvian la imágen de su bellísima alma?

Conmover el corazon con el espectáculo de los afectos mas nobles; complacer al entendimiento con la sencilla exposicion de la verdad; halagar al gusto con las bellezas del estilo: hé aquí los timbres de aquella gloria, que tan legítimamente corresponde á Alarcon.

Viniendo ahora al somero exámen de la mejor de sus comedias, la *Verdad sospechosa*, escuso enumerar prolijamente sus bellezas, cuando ya lo han hecho, con el acierto que suelen los críticos españoles, mexicanos y extranjeros, que ejercen sin contradiccion aquel espinoso magisterio. ¿Qué pudiera yo decir que ellos no tengan dicho, en alabanza de tan esmerada obra? Valga por todos los elogios el del gran Corneille, el mas respetable y el mas imparcial de cuantos la admiraron, y que en el prólogo de su *Menteur* dice: «Confesaré de camino, que la invencion de esta me encanta de modo, que para mi gusto nada hay comparable con ella en se género, ni entre los antiguos ni en los modernos.» Voy, pues, únicamente á encare-

cer el mérito de la comedia que nos ocupa, con el simple cortejo entre ella y la imitacion que el gran poeta frances hizo. Intentaré demostrar, aunque sea muy á la lijera, cómo y por qué es inferior la obra de Corneille á la de Alarcon, para deducir la conclusion siguiente: Si la *Verdad sospechosa* aventaja al *Menteur*, que es la mejor comedia del teatro clásico frances, nuestro Alarcon aventajó en este género al insigne poeta, gloria de la Francia.

Sentado ya que la celebrada obra de Corneille es una mera copia de la de Alarcon, segun lo confiesan todos los críticos, comenzando por el mismo autor frances, inútil parece consignar que el pensamiento moral en ambos es el mismo, á saber: que el embustero se cubre de oprobio, cayendo en los propios lazos armados por él para los demas. Las situaciones, el enredo, los recursos dramáticos, son los mismos en uno y otro poeta; prescindiendo, pues, del mayor mérito que desde luego tiene quien concibió primero el asunto, á este habrá de corresponder todo el lauro, si supo conducir la accion con mejor acierto. Por el pronto, nótese que Corneille no solamente no hermoseó el trabajo de Alarcon, sino que desaprovechó bellezas en este contenidas. Con efecto: Alarcon habia de hacer descollar el carácter de su embustero sobre todos los demas que en la obra puso en

juego, para satisfacer las exigencias de la *unidad de interes;* él debia ser el alma de todo el enredo y de todas las situaciones; él era el único reo expuesto en la picota. Para esto, cuidó de revestirle con todos los detalles del vicio que intentaba flagelar, y lo alcanzó, merced al profundo conocimiento que del corazon humano tenia. Hízolo de igual manera Corneille, traduciendo casi textualmente las escenas características del tipo en cuestion. Pero nuestro poeta dió el toque magistral á aquel retrato, por medio del contraste; puso frente al embustero D. Garcia, al noble, al recto, al veraz D. Beltran su padre, y ya se sabe el inmenso partido que en semejantes condiciones puede sacarse de una oposicion hábilmente presentada: la fealdad, las tinieblas, la desgracia, resaltan mas, aparecen mas horrorosas al lado de la belleza, de la luz y del bienestar. Las reprensiones del padre al hijo tendrán mayor fuerza, si van apoyadas en el ejemplo; el vicio resultará dominado completamente por la virtud, si esta brilla en todo su esplendor. Así lo comprendió Alarcon, y desde el primer momento ofrece al espectador aquel dechado de honradez y decoro, que toma posesion del ánimo ántes que se presente á usurparlo el feo vicio; por eso la primera escena está consagrada á la exposicion de aquel bello carácter, el cual ya queda perfectamente delineado con la justa indig-

nacion que experimenta al saber D. Beltran, de boca del Letrado, el repugnante defecto del mozo. Desde este punto, el embustero está ya condenado, y las reconvenciones del padre tendrán toda la solemnidad con que la severa virtud ha de impregnarlas.

Pero aquí hizo Corneille la primera de sus infelices alteraciones: suprimió el diálogo del padre y el ayo, por no sé qué fútil motivo de *unidad de lugar*, y perdió con ello la oportunidad de enaltecer el carácter de su Geronte (el D. Beltran del original) que resulta, en consecuencia, un viejo vulgar, en cuyos lábios han de quedar descoloridos los enérgicos razonamientos del anciano caballero creado por Alarcon. Entre el *¿Etes vous gentilhomme?* de Geronte, y el *¿Sois caballero, García?* hay tanta diferencia! La pregunta del español, tiene todo el prestigio de los nobles antecedentes, prestigio de que carece la del viejo frances; aquel, ya se hizo respetar del auditorio; éste es todavía en aquellos momentos (y son ya los últimos de la comedia) un viejo burlado de *vaudeville*. Tenemos, pues, que Corneille se descartó de un buen tipo, sin mejorar por eso á su protagonista en ningun sentido.

Otra de las alteraciones que en el original hizo Corneille, infelizmente en mi concepto, es en lo relativo al informe que Tristan da á su amo sobre las damas de la corte. Aquella metáfora tan ingenio-

sa, tan salpicada de maliciosos y oportunos chistes, que tan sabrosamente explana el discreto criado en fluidas redondillas, está sustituida en la obra francesa por una sarta de insípidos conceptos, en monótonos alejandrinos. No hallo la causa de semejante supresion, que en nada aprovecha al plan de Corneille; mucho habria ganado en animacion aquel diálogo, si el poeta frances hubiera traducido ese razonamiento, como tradujo otros muchos.

La relacion de las fiestas que D. García supone haber dado en el rio á una dama, está traducida casi textualmente, salvo que las bellezas del original hubieron de quedar absolutamente descoloridas. Nada hay, por ejemplo, en el relato de Dorante, que corresponda á aquellas deliciosas galanterías de D. García, cuando dice:

Llegó en su coche mi dueño
Dando envidia á las estrellas,
A los aires suavidad,
Y alegría á la ribera.
Apénas el pié que adoro
Hizo esmeralda la yerba,
Hizo cristal la corriente,
Las arenas hizo perlas, etc.

El final de la relacion de ambos poetas es muy

diverso en cuanto á la brillantez del efecto. Dorante, hablando de la salida del sol, dice simplemente:

Il sépara la troupe, et finit nos plaisirs.

Miéntras que D. García termina su relacion de esta manera tan redonda:

Tanto, que envidioso Apolo
Apresuró su carrera,
Porque el principio del dia
Pusiese fin á la fiesta.

Comparad, señores, ambas escenas, y yo sé que dareis la palma á nuestro Alarcon.

En la relacion que D. García hace á su padre, del fingido lance que dió motivo al supuesto casamiento, desaprovechó Corneille algunos rasgos, felicísimos en el galan español. Dice éste, hablando de aquel reloj cuya campana delató su escondite:

¡Mal haya amen el primero
Que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo,
A dar comenzó las doce.

Cuyo pasaje lo traduce Corneille, diciendo de esta manera tan endeble:

Le bon homme partait, quand ma montre sonna

Largo y enojoso habria de ser su cotejo hecho mas menudamente; con lo expuesto, pienso haber dado una muestra de que la famosa comedia francesa, lo copiado (que es casi todo) lleva descoloridas las bellezas de la española; y lo original (que es muy poco) fué precisamente lo que de vicioso tiene la obra de Corneille.

Tal sucede con el desenlace el embustero Dorante advierte la equivocacion de nombres (equivocacion en que estriba el enredo) muy á tiempo para comenzar á sentir inclinacion por la otra dama, por Lucrecia; de aquí resulta, que cuando su padre ha contratado las bodas de su hijo con ésta, ya el galan la ama, y no hace ningun sacrificio, ni sufre castigo ninguno; Clarisa queda humillada, sin justicia, por el desaire, el interes se debilita hasta el punto de perderse, en virtud de la vacilacion que ya reina en las inclinaciones del galan y de las damas, de manera que la sorpresa acabó desde la escena penúltima, en que Dorante se manifiesta enamorado de Lucrecia, cuya mano está pidiendo Geronte á la sazon, todo se adivina,

y los espectadores que suelen retirarse tan luego como ven cercanas las bodas en cualquiera comedia, pueden muy bien levantarse en esa escena de la Corneille. En la de Alarcon sucede todo lo contrario: el amor de D. García es siempre el mismo; D. Beltran pidió y obtuvo la mano de Lucrecia, cuando todavía el hijo á quienama y á quien solicita es á Jacinta. La equivocacion continúa en pié, y momentos ántes de terminarse la pieza el espectador aguarda curioso ó interesado lo que sucederá cuando García toma la mano de Jacinta, creyendo ser la que se le ha concedido. Hé aquí una situacion de las mas felices, por ser muy cómica y por contenerse en solo ella el castigo del embustero; con esa situacion, queda en ridículo el galan, pierde la mujer á quien ama y que pudo muy bien ser suya; la ve pasar á los brazos de su rival, y por fin, se ve obligado á casarse con quien no le inspira amor, siendo por lo mismo desgraciado, y todo esto como resultado exclusivo de sus embustes. Pues esta situacion la desaprovechó Corneille, con perjuicio del interes y aun de la justicia dramática. De aquí resulta ademas (y esto es muy importante) que la consecuencia moral conserva en Alarcon toda la fuerza de un correctivo, miéntras en Corneille es hasta contraproducente. En efecto, de la accion en la *Verdad Sospechosa* se desprende espontánea esta leccion,

que el autor da al público por boca de Tristan, y que es precisamente la que intentaba incular.

Y aquí verás cuán dañosa
Es la mentira; y verá
El senado, que en la boca
Del que mentir acostumbra,
Es la verdad sospechosa.

No sucede así con Dorante: éste mintió tanto como D. García, pero al cabo todo le sale bien, puesto que engañó á su padre, y se casa con la mujer á quien ya ama, sin que cause pesadumbre la pérdida de aquella á quien galanteó primero. ¿Qué perjuicio, pues, originaron á aquel embustero sus mentiras? Ninguno, y por eso la moraleja tiene que ser á duras penas esta, que textualmente dice así: "El mentiroso se embrolla; pocos habrán de salir del paso con gracia, como le sucedió á este. Vosotros, los que dudabais de que saliese airoso, aprended con este raro ejemplo á mentir." Lo cual, en resúmen, equivale á esto: segun Alarcon, "el mentiroso cae siempre en sus propias redes y se hace desgraciado;" segun Corneille: "en teniendo buena suerte, puede el mentiroso salirse con la suya." ¿Necesitaré indicar quién de los dos poetas castiga el vicio, quién cumple mejor con la noble empresa de corregir las costumbres?

Consecuencia final: la comedia de Corneille es inferior en lo copiado y en lo original á la de Alarcon, bajo el punto de vista de la moralidad, de los caracteres, del plan y de las bellezas; pues si la comedia de Corneille está considerada por los mas insignes críticos como la mas valiosa joya con que se engalana el teatro clásico frances, esta gloria refluye con creces en favor de nuestro inmortal poeta.

Digna, es pues, y justamente merecida la inmensa gloria que enaltece su nombre. Las palmas del triunfo, los lauros del génio, que la posteridad justiciera depone en el túmulo del desgraciado escritor, son conquista del talento, no merced de la caprichosa fortuna.

¡Honrémosle nosotros, honrémosle, señores! Y en esta noche consagrada á su recuerdo, presentemos á su augusta sombra la pura ofrenda de nuestra conmisceracion, de nuestro respeto, de nuestra admiracion y de nuestro cariño; porque á todos estos afectos es acreedor el desventurado, el virtuoso, el poeta, el mexicano D. Juan Ruiz de Alarcon.

MANUEL PEREDO.

AL EMINENTE ESCRITOR

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

En esta senda penosa
Para todo humano sér,
Siempre es triste y enojosa
La existencia dolorosa
Que encontramos al nacer.

Esa série de visiones
Que se enlazan entre sí;
De esperanzas y pasiones,
De quimeras é ilusiones
Que nos deslumbran aquí;

Esos fantasmas dorados
Que seducen al pasar,
Tras los cuales afanados
Corremos apresurados
Sin poderlos alcanzar;